

# José Angel Di Mauro

José Angel Di Mauro es periodista. Miembro de la redacción de *El Parlamentario*.

## **El Congreso de la segunda mitad de mandato K. Sin quórum propio, pero con poder suficiente**

1.

Fiel a su estilo, el Presidente apostó fuertemente a la hora de anunciar que las elecciones del 23 de octubre representarían un plebiscito. Lo cual fue tomado -y cuestionado- como una jugada extrema, teniendo en cuenta que innecesariamente el primer mandatario exponía el crédito logrado durante su gestión en elecciones legislativas, cuando bien se sabe que no necesariamente estas suelen representar en sus resultados la opinión que la ciudadanía tiene del máximo gobernante.

Haciéndose eco de las críticas -cosa infrecuente en Néstor Kirchner- el santacruceño optó entonces por modificar dos aspectos de su estrategia: el de las críticas virulentas contra su antecesor, y aquello del plebiscito, que trastocó por expectativas más módicas.

A la luz de los resultados, largamente conocidos a esta altura, bien hubiera podido el Presidente mantener sus pretensiones plebiscitarias iniciales, ya que si bien no se alzó con un porcentaje superior al 50 por ciento, lo conseguido el 23 de octubre significó la revalorización de la que carecía a partir de que Carlos Menem se negó a asistir a la segunda vuelta en 2003. Y así lo hubiera hecho, tampoco hubiera sentido Kirchner que los votos que lo consagraran le pertenecieran enteramente.

Como sí lo considera ahora, luego de que los resultados le dieran la razón, tras haber encarrado una campaña por lo menos atípica, en la que se expuso concurriendo a mil y un actos

en todo el país -y sobre todo el territorio duhaldista, a la postre, la madre de todas las batallas-, y exponiendo a su propia esposa en una elección que ésta ganó ampliamente, pero constituyendo el inédito hecho de haber afrontado una elección sin conceder siquiera un reportaje a medio alguno. Pero esa es otra cuestión.

Bien sabía Kirchner cuánto se jugaba en octubre. Las legislativas de mitad de mandato son claves para la llegada de una administración a buen puerto. Muchos analistas y dirigentes de la oposición coincidieron en minimizar la magnitud de la victoria kirchnerista remarcando que todo oficialismo suele ganar las primeras legislativas. Basados seguramente en los antecedentes de Alfonsín en el '85 y Menem en el '91, por remontarnos tan solo a la democracia reciente. Como cierto es también que una legislativa perdida es sinónimo de derrota posterior: Alfonsín '87; Menem '97; De la Rúa 2001...

Lo cierto es que desde que la reforma constitucional del '94 acortó los mandatos en dos años, ningún gobierno había logrado revalidarse en las elecciones legislativas que ahora sí representan la mitad del mandato. Le pasó a Menem en las ya citadas elecciones de 1997, y lo mismo sucedió con De la Rúa cuatro años después; comicios que a tal punto dejaron a ese gobierno carente de respaldo, que apenas sobrevivió tres meses más. Vaya si no son importantes las legislativas entonces.

Así las presentó Néstor Kirchner, sin citar

los ejemplos mencionados, pero remarcándole a la sociedad que necesitaba diputados propios que no le pusieran palos a la rueda. Lo cual no hizo menos que despertar sonrisas en el Parlamento, donde los diputados oficialistas le votaron todas las leyes demandadas, sin necesidad de profesar la religión kirchneriana. Y por el contrario, los transversales, presentados otrora como emergentes de la elaborada alquimia patagónica, solían traslucir sus rebeldías a la hora de las votaciones. En definitiva, el 22% que lo catapultó al sillón de Rivadavia no fue óbice para que el Presidente careciera de alguna de las leyes demandadas.

Los votos requeridos a la sociedad a voz en cuello no eran para hacerle más fácil la salida de leyes a un Ejecutivo que hizo uso y costumbre de los Decretos de Necesidad y Urgencia, sino para asegurar una proyección para 2007. Necesitaba el presidente Kirchner dar una demostración de fuerza propia capaz de hacerse del poder suficiente como para que nadie osara hacia fines del próximo año alzar candidaturas alternativas, dentro del mismo Partido Justicialista. Y derrotar a Eduardo Duhalde en su propio territorio, de la manera más contundente posible, cuestión de que no se convirtiera en el gran elector de 2007, como aquel deseaba y ya no podrá ser.

Satisfechos esos objetivos, Néstor Kirchner ganó dos elecciones en una. Las de 2005 y las de 2007, aunque suene excesivo, y podría serlo en caso de que alguna variable hoy controlada, o cualquier grave imponderable se cruce en el camino.